

## **Carta a mis hijos y a los hijos del mundo por venir**



**Raoul Vaneigem**

**CARTA A  
MIS HIJOS Y  
A LOS HIJOS  
DEL MUNDO  
POR VENIR**

Traducido del francés por  
**Quim Sirera y Magalí Sirera**

**Octaedro** 

Colección Con vivencias

32. *Carta a mis hijos y a los hijos del mundo por venir*

Título original: *Lettre à mes enfants et aux enfants du monde à venir*,  
Le Cherche Midi, París, 2012.

Traducción de Quim Sirera y Magalí Sirera

*Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la  
publication de l'Institut Français.*

Esta obra se ha beneficiado del apoyo de los programas de ayuda  
a la publicación del Institut Français.

Primera edición: octubre de 2013

© Raoul Vaneigem

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5 - 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02 - Fax: 93 231 18 68

[www.octaedro.com](http://www.octaedro.com) - [octaedro@octaedro.com](mailto:octaedro@octaedro.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9921-434-4

Depósito legal: B. 24.990-2013

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila

Diseño y producción: Editorial Octaedro

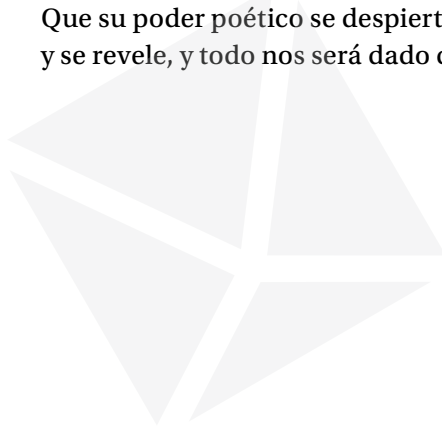
Impresión: Novagràfik

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Para Ariane, Ariel, Chiara, Tristan, Garance, Renaud, Sasha, Lunta*



**Necesitamos solo una cosa:  
la alegría profunda de la vida.  
Que su poder poético se despierte  
y se revele, y todo nos será dado con creces.**



## > PRÓLOGO

No podría dirigirme a mis hijas, a mis hijos, a mis nietos y biznietos sin dirigirme al mismo tiempo a los que, precipitados en el universo sórdido del dinero y del poder, corren el riesgo, aun mañana, de ser despojados de las promesas de una vida innegablemente ofrecida al nacimiento como un don, sin contrapartida alguna.

Si el mandamiento moral no me repugnara, me habría limitado a nobles declaraciones humanistas. Hay, sin embargo, cierta inconsecuencia en estimular el angelismo de las buenas intenciones sin prevenir contra los monstruos de la violencia ordinaria, que lo devorarán de un bocado.

La simplicidad del hombre y del mundo en el que intenta vivir es solo aparente. La faz de los seres y de las cosas tiene la engañosa impasibilidad del lago: el pez que por desidia se abandona a ella es atrapado. Por otro lado, la evolución de las costumbres y de las mentalidades ha alcanzado tal punto de aceleración que en el seno de la oscuridad del ayer una nueva manera de ver se evidencia de manera inusitada.

Quizás asentiréis al reproche que con frecuencia se me hace de escribir en un estilo que exige del lector más esfuerzo y atención que una novela.

¿Hay algo más neciamente inteligible que la machacona repetición de los prejuicios que desde hace siglos pasan por sesudos pensamientos, esos lugares comunes repeti-

dos de generación en generación hasta pasar por verdades eternas? Filosofías, religiones e ideologías no han hecho más que ratificar un comportamiento que, por diverso que sea, obedece a móviles considerados como inmutables: el gusto por el poder, el atractivo del dinero, la competencia, el combate de la fuerza y de la astucia, la bestialidad reprimida y sus desbordamientos, el amor desnaturalizado, la angustia culpable, el exilio de sí mismo, el malestar existencial...

Aquellos cuyo pensamiento no va nunca más allá de la ordinaria constatación de estas perpetuas motivaciones y reiteran una y otra vez el mismo discurso anticuado son los mismos que me reprochan repetirme siempre que vierto algunos granos de arena en los engranajes de un destino mecánico que -ellos lo saben y se resignan- les lleva adonde no quieren ir.

Las evidencias rocosas del pasado no se rompen sin forjarlas con ideas capaces de pulverizar las antiguas banalidades y de abrir al futuro vías que este acabará banalizando.

¿Cómo, sin embargo, no desalentar al lector atizándole verdades candentes que teme concebir acostumbrado como está a las cenizas ya frías? No tengo intención de recurrir a las astucias literarias que el escritor usa preocupado por seducir al lector. Mi dilema consiste en evitar los artificios de la seducción sin renunciar a la pereza, cuyas virtudes estimo lo bastante como para seguir cultivándolas.

Se cuenta que Leonardo de Vinci había construido un cuarto tapizado con pequeños espejos. Allí se instalaba para reflexionar en el centro de un microcosmos que lo «reflejaba» multiplicando y variando sus imágenes. Permanecía allí, en el centro de múltiples reflejos, solo, para



captar sus enseñanzas. ¿Acaso no estamos constantemente rodeados de un mosaico de elementos dispersos en el que las mismas cosas y los mismos seres vuelven incesantemente pero bajo un ángulo siempre distinto, que modifica su punto de vista y los enriquece con nuevos significados?

La repetición es solo aparente; semejante a las variaciones musicales sobre una melodía dada. Cuando, al final, el compositor reitera el tema inicial, este, en su constancia, se ha enriquecido con todas las improvisaciones que ha creado y que se han sucedido.

La composición en mosaico juega con la paradoja de lo familiar y lo distante. El lector deberá centrarse en sí mismo para distinguir, al hilo de mis propuestas, lo que resuena como eco de sus aspiraciones, para adivinar por qué vías de posible cumplimiento se encaminan sus laberínticos deseos.

Con toda la energía que gastáis trabajando en lo que os agota y empobrece, ¿refunfuñaréis por el esfuerzo que suponen una cierta manera de entender el mundo y el deseo de transformarlo radicalmente?

Estoy de acuerdo en que es más fácil avalar la aberración dominante que la vida auténtica, pero me niego a ceder a esta cobarde facilidad, como niego a las emociones pútridas y odiosas el derecho de apagar la conciencia humana de una vida por construir.

Tan acostumbrados estamos a los criterios cuya supervivencia cotidiana jalona sus fastidiosos recorridos que las manifestaciones de la vida, ofreciendo su gratuidad, nos espantan por su insólita claridad y nos lastiman como heridas del absurdo.

Quiero recorrer este camino, desagradable y apasionante, donde voy y vengo desde lo que soy a lo que querría ser.



Mi ruta sube y baja, siempre la misma e incesantemente otra, bajo mis pasos que la pisan, la ahondan, la surcan.

Tras la aparente oscuridad de las palabras y de los giros donde uno cree perderse, siempre llega el momento propicio para el despertar de lo viviente. Se desprende del magma existencial donde uno chapoteaba, surge como al acecho de un encuentro inesperado.

La confrontación con uno mismo restituye el sentido y la simplicidad a lo que parecía complejo. La conciencia se enriquece con lo que uno posee. El mejor remedio contra la ausencia de vida, que es el mal de sobrevivir, consiste en descubrir la propia riqueza, la del goce, la creación, el amor, el sediento deseo de liberarse de la opresión mercantil.

Hay que dejar al «verbo» el tiempo de descender de la cabeza al cuerpo, donde otros oídos lo escuchen, lo registren a su manera, donde la lengua de las emociones lo destile antes de interpelar la conciencia, surgida de nuestra actividad mental, que vehicula la gravedad y la gracia de un humano siempre más humano.

¡Cuántos días, cuántos años harán falta para que «el sentido tome cuerpo»! Para aprender a afinar nuestra bestialidad emocional en lugar de reprimirla y derramarla en las cloacas de la barbarie, como lo ha prescrito el largo pasado de nuestra inhumanidad.

Deseo nada menos que la soberanía de la vida. No me preocupo ni de rogar ni de profetizar. Mis pensamientos se reiteran y progresan a cada paso, ya que la llamada es constante. Mi pereza apuesta por un efecto de resonancia cuyos ecos repercuten por todas partes sin necesidad alguna de preocuparme de ellos. Jugando con lo cercano y lo lejano, me distancio y me adelanto. Me invento recursos para lograr salir sin perjuicios de este atolladero que resulta ser



la supervivencia. Mis pasos van en contra de aquellos que, a costa de vanos esfuerzos, se debaten y se hunden en un fatalismo donde su agria lucidez macera como un cadáver.

¿Queréis saber lo que más me importa? Es el canto de la tierra en el que, siguiendo el modelo de las variaciones musicales que antes he evocado, el tema inicial es idéntico al tema final; es poner las bases de una sociedad en la que mi felicidad, la felicidad de mis hijos, de mi amante, de mis amores de antaño, de mis amigos, de los seres que quiero esté íntimamente ligada a la felicidad de las criaturas abatidas en cualquier rincón del mundo por la tiranía del dinero, el poder y la mercancía. Y a la de las bestias, empezando por la que vive en nosotros.

Entre el alfa y la omega de mis intenciones no hay más que el intento y la tentación de esclarecer lo bien fundado de mi elección.

## **Ante vosotros un cambio de civilización está en marcha**

Habéis tenido el privilegio de nacer en un punto crucial de la historia; una época en la que todo se transforma, en la que ya nada volverá a ser como antes.

La suerte es excepcional, la ocasión, inquietante, ya que por más favorable que se anuncie, cualquier cambio lleva incertidumbres, balbuceos, torpezas. Su fragilidad lo expone a confusiones que pueden alterar sus méritos.

Pesa aún sobre vuestras espaldas la carga de un pasado inhumano. No creo ser el único en querer despedirme de este pasado. En el combate sin tregua que entre lo nuevo y lo viejo se libra, aparecéis justo en medio del campo de batalla.

Una civilización se hunde, otra nace. La desgracia de heredar un planeta en ruinas se mezcla con una felicidad incomparable: la de asistir a la lenta emergencia de una sociedad tal que la historia jamás ha conocido –si no es por la loca esperanza, alimentada por millares de generaciones, de poder llevar un día una vida digna del ser humano, una vida liberada, al fin, de la miseria, de la barbarie y del miedo.

Habíamos perdido ya toda esperanza de poder alcanzar lo que comúnmente pasaba por ser una quimera, una

utopía, y he aquí que desde ahora su realidad se concretiza ante nosotros.

Una nueva sociedad emerge poco a poco de la bruma. Pero todavía no es más que un esbozo, donde las mejores intenciones se mezclan con las peores. No solo estáis ante un bloque informe del que habréis de realizar una escultura viva y armoniosa, sino que formáis parte de ella.

Confrontados a una experiencia paradójicamente solitaria y solidaria, os aventuraréis solos y sin embargo otros muchos estarán a vuestro lado, ocupados también ellos en «esculpir su propia vida».

¿Hay algo más conforme a nuestra cualidad de ser humano que juntarnos para construir nuestra felicidad y la de todos? De esta apasionante aventura rápidamente sacaréis una triple enseñanza:

- a) Lo que se desea desde lo más profundo del corazón tiene todas las posibilidades de realizarse.
- b) Nunca nada está adquirido.
- c) ¡Guardaos pues de orgullo y de presunción!

## **Las viejas pesadillas turban aún nuestros sueños de primavera**

Diré una palabra del pasado que me agobia, una del futuro que me exalta y una del presente en el que, a cada instante, una realidad que juzgo intolerable entra en conflicto con la realidad viviente a la que aspiro.

Basta con ojear los más o menos diez mil años que componen nuestra historia para constatar la distancia que separa la evolución de las técnicas y el progreso de las

costumbres. Interminable es el camino que va de la forja neolítica a las centrales nucleares; *horriblemente* corta, la distancia entre el asentamiento de las primeras ciudades-Estado, seis mil años antes de nuestra era, y los campos nazis, el gulag soviético y el genocidio ruandés. Del puñal de bronce al misil, apenas ha variado la bestia militar.

¿Qué representan el impulso tecnológico y las magnificencias del arte al lado de la miseria y del miedo, cuya permanencia parece reducir a la redundancia de un grito el largo quejido de la humanidad sufriente?

¿Cómo olvidar que en los tiempos en que el genio de Bach enriquecía la cultura universal millones de desgraciados morían de hambre, perecían en los suplicios, eran masacrados por el ejército de los príncipes y la justicia de los notables?

He vivido en un mundo donde el yugo de las tradiciones obligaba a doblar la espalda. ¡Pobre del que quisiera ponerse en pie y desmarcarse de las masas esclavas! La fuerza, la mentira y la astucia le persuadían, a puntapiés y con promesas, de entrar en el rango, de regresar al rebaño que el poder del Estado, de la Iglesia y de las más variadas ideologías llevaba al matadero.

Entonces, se enseñaba a los niños y las niñas que la sociedad se dividía en dos campos: los que comen y los que son comidos. Desde la más tierna infancia, era preciso batirse. ¿A favor de quién? ¿Para qué? Los pretextos más nobles y los más sórdidos eran invocados para perdernos en combates que no eran los nuestros. Enfrentándonos a los otros, nos combatíamos a nosotros mismos, ignorando la mayoría de las veces el mal del que éramos a la vez víctimas y cómplices.

Hacer que prime el depredador por encima del ser sensible y generoso es el crimen que la civilización mercenaria ha perpetuado impunemente, hasta hoy, contra la infancia.

La aventura individual y social ha estado tan permanentemente jalonada de contrariedades, desilusiones y esperanzas frustradas, que las escasas sorpresas de felicidad eran, muy a menudo, apagadas por las burlas cínicas de la amargura y del resentimiento.

A falta de inventarse un destino capaz de colmar su deseo de libertad, las multitudes se ponían servilmente en manos de jefes, elegidos o autoproclamados, los cuales, prometiéndoles una vida mejor, los conducían a la miseria y a la muerte. A pesar de sus divergencias, los siniestros fantoches de Hitler, Dollfuss, Lenin, Trotsky, Stalin, Mussolini, Franco, Mao Tsetung, fueron erigidos comúnmente en modelo de comportamiento cotidiano. En verdad, no eran sino el calco ampuloso de los buenos padres de familia y de los pequeños jefes de oficina pululando por todas partes a nuestro alrededor como larvas.

## **El seísmo de la Revolución francesa**

Con todo, hace más de dos siglos, un terremoto económico, político, social y psicológico había trastornado el relieve y la estructura de este mundo, tan viejo e inamovible en sus fundamentos que se consideraba conforme a los diseños de un Dios eterno. Hoy sabemos que el Ser supremo, verdadero súcubo del ser humano, es un invento de curas y príncipes para dar un carácter intangible al orden de prelación que regula el estatus de amos y esclavos.



La Revolución francesa acabó con una economía basada, desde hacía cerca de siete mil años, en la agricultura y en la apropiación de la tierra. Dios murió en el cadalso con el desafortunado Luis XVI, víctima del signo que encarnaba. Así fue decapitada la cabeza gemela del principio monárquico y divino que coronaba una pirámide jerárquica cuya cohesión era la garantía de una inquebrantable tiranía. Privada de la sacralidad de su jefe, esa pirámide descabezada estaba condenada a derrumbarse, por más esfuerzos que hicieran las dictaduras ideológicas, de Robespierre a Mao, para restaurar su estructura unitaria y mítica.

La debacle del Antiguo Régimen y el rechazo de su totalitarismo monárquico y religioso proclamaron el triunfo de las ideas de libertad, igualdad y fraternidad. Gracias a la revolución de 1789, el pensamiento de los enciclopedistas, de los Diderot, d'Alembert, d'Holbach, Chamfort, Rousseau, Voltaire, Meslier se concretaba y alimentaba el proyecto de pasar del sueño a la realidad.

La esperanza de acceder a una vida verdaderamente humana suscitó un entusiasmo colectivo del que jamás la historia había dado ejemplo. Por primera vez, quizás, los hombres presintieron que vivir no era sobrevivir y que una vida digna de ese nombre no consistía en arrebatar su subsistencia día a día, como «los pájaros que siempre comen temerosos».

Sobrevivir es propio de la especie animal, no del hombre.

## **La trampa del librecambio**

Si el obscurantismo religioso, la estrechez de miras, las prohibiciones que sancionaban el librepensamiento fueron

producto del inmovilismo económico y social, inherente a la estructura del mercado agrario, la *Declaración de los derechos humanos* también procedía, en buena parte, de una innovación económica: la libre circulación de bienes y personas, lo que marcaba la absoluta victoria de la burguesía sobre la tiranía aristocrática.

Pero ¿qué sucederá? El librecambio que había garantizado la institución de una vida libre no tardó en transformar el sueño en pesadilla.

Muy pronto la libertad concedida al comercio confirió un poder al beneficio y a la avidez del «¡enriqueceos!» que renegaba, prohibía o vaciaba de contenido aquellos derechos humanos que había contribuido a establecer.

Desde 1792, las dos facciones rivales del poder revolucionario, cada una a su manera, se emplearon a ello. El liberalismo de los girondinos no dudó en confundir libertad humana con libertad de negocios. Y por lo que respecta al estatismo de Robespierre y los jacobinos, fue con la unción de las libertades que se engrasaron los montantes de la guillotina. Recordemos el grito de Manon Philippon: «¡Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!». Y no olvidemos a Olympe de Gouges, decapitada por haber reclamado la igualdad de la mujer y del hombre.

La victoria del capitalismo sobre la economía agraria había hecho del «industrial» el modelo del hombre nuevo, del hombre prometeico, cuyo dinamismo y genio tecnológico se encargaban de conducir a la sociedad hacia el bienestar. Pero apenas hubo roto la capa de la economía arcaica, el capitalismo apareció a su vez como una estructura cerrada, un mundo inamovible donde el cambio no se operaba más que en el interior de un mercado, delimitado estrictamente



por la búsqueda del beneficio y por la represión de todo aquello que le ponía trabas. Los que se habían desembarazado del despotismo agrario se encontraron bajo la capa de la tiranía financiera.

Para justificar la explotación del proletariado, el capitalismo industrial propagó una ideología del progreso técnico y social, que cínicamente identificó con el aumento frenético de los beneficios de la patronal. Un arsenal de leyes favorables a la libertad de enriquecerse se dispuso a arruinar una libertad de vivir de la que era preciso apagar los gritos.



# > ÍNDICE

Prólogo	9
Ante vosotros un cambio de civilización está en marcha	15
Las viejas pesadillas turban aún nuestros sueños de primavera	16
El seísmo de la Revolución francesa	18
La trampa del librecambio	19
Del productivismo al consumismo	21
La ilusión del bienestar consumible	22
El consumismo ha arrasado con todos los valores en beneficio del valor mercantil	23
La revolución de la vida cotidiana	25
El capitalismo financiero o el dinero sumidero	26
A favor y en contra de la cultura	28
A las vacas sagradas del pensamiento les suceden los esclavos sin pensamiento	30
La regresión populista, la cultura de la nada y la idiotización de las masas	34

Conciencia y emociones	37
La mancha de sangre intelectual	38
La ideología, enfermedad del ser	41
El hombre del resentimiento, o la revancha del cuerpo frustrado de sus deseos	44
El último conflicto se reduce a una guerra endémica que opone al partido de la muerte la toma de partido a favor de la vida	52
Un nuevo engaño: el neocapitalismo ecológico	55
Lo que más falta hace es tomar conciencia de uno mismo y del mundo	57
Despedirse de un pasado inhumano	59
Extraer el hilo de vida que ha ocultado el pasado	63
El amor a la vida no necesita ninguna ética	66
La superación de la supervivencia implica el nacimiento de un estilo de vida	68
Sois los hijos de una eterna primavera	73
Luchar a favor de la vida no es pelear contra la muerte	75
Hacia una sociedad festiva	78